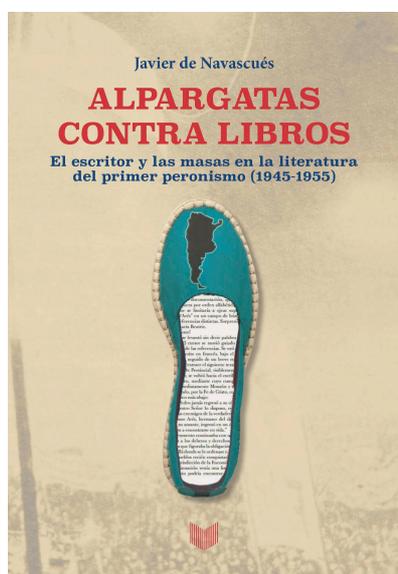


## RESEÑA



### ALPARGATAS CONTRA LIBROS. EL ESCRITOR Y LAS MASAS EN LA LITERATURA DEL PRIMER PERONISMO (1945-1955)

Javier de Navascués  
Madrid: Iberoamericana-Vervuert  
2017  
237 páginas

POR JUAN MANUEL ZURITA SOTO  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA (España)  
jmzurita@gmail.com

El mítico lema de “alpargatas sí, libros no” da título al recién publicado ensayo de Javier de Navascués, catedrático de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Navarra, y en el cual cavila sobre las tensiones entre el primer gobierno peronista y el campo literario argentino. Se trata de una reflexión sobre las cercanías y desavenencias que ya han sido material de debate y discusión constante, tanto dentro del propio país sudamericano como desde el extranjero. He ahí el primer aporte, que se agradece bastante, de la obra de Javier de Navascués. Su carácter foráneo le otorga un prisma de distancia que libera al tema del tono militante bastante frecuente en la bibliografía argentina.

Para establecer su análisis, el autor pasa revista a los distintos hechos y polémicas que se dieron en el período iniciado tras la Revolución del 43. Es decir, desde el encumbramiento de Perón como principal figura política con la Secretaría del Trabajo como plataforma, para luego, en 1946, alcanzar la presidencia de la república y la reelección en 1951. Paralelamente se va forjando el primer gran movimiento populista de América Latina que, a la postre, se transformará en el partido político argentino de mayor relevancia para los últimos ochenta años.



El fenómeno, señala el autor, tiene una fecha de inicio y un hito fundacional: 17 de mayo de 1945 y la gran manifestación por las calles de Buenos Aires exigiendo la puesta en libertad del líder. Es ahí cuando irrumpe un nuevo sujeto social: la “masa”, cuya emergencia política no será indiferente a nadie. Gozará en muchos casos la admiración de unos, así como el desprecio de otros. Aquellas adhesiones o desdenes, esta vez desde el campo intelectual, es lo que interesa a De Navascués, quien las referencia mediante el análisis de múltiples escritores y sus respectivas obras.

Disecionando cuentos, poemas y novelas, el autor pone de manifiesto los hitos más significativos en torno al peronismo, sin discriminar en los constatados, o los que la propia mitología política ha levantado. No es casual entonces la elección del título, así como la importancia que le da el ensayo a la ya icónica fotografía de “las patas en la fuente”, en la cual se detiene más de una vez.

Si se contextualiza la crítica de *Alpargatas contra libros*, se hace imprescindible señalar que, para cualquier análisis sobre Argentina y su siglo XX, se debe poner especial atención a un elemento primordial a la hora de establecer conclusiones sobre la época, esto es: definir al peronismo desde su óptica política, aún más que desde la social. Tal es, en efecto, el gran problema al momento de juzgarlo desde la óptica tradicional que, en muchos casos pecando de reduccionista y maniqueísta, no ha sabido salirse del tradicional binomio de “izquierdas” y “derechas”, que resulta estrecho para dicho fenómeno.

El peronismo, como ideario, traspasó al propio Partido Justicialista y absorbió muchas de las grandes tendencias que marcaron el siglo XX: en primer lugar, los fascismos europeos, pues no se puede obviar la admiración por Mussolini; así como los idearios de izquierda y sus exponentes más populares: comunismo y socialismo; a los cuales se suman idearios cristianos, especialmente católicos; y, asimismo, nacionalismos sudamericanos. Importante es recalcar lo político, pues el autor no pone nunca en duda el fuerte carácter social que tuvo el peronismo al cual llama, sin equivocarse, un gran “movimiento de masas”.

Fue además un período de inmensas transformaciones demográficas para Argentina. Principalmente gracias a la gran inmigración europea, pero también a los movimientos internos del país que, a partir del éxodo del campo hacia la ciudad, buscará mejoras laborales en las crecientes urbes. Ambos movimientos, especialmente el primero, pusieron en jaque la identidad del “ser argentino”, tema tan polémico como apasionante que, para un país que recién encumbraba su primer siglo de historia independiente, se transformó en una verdadera revolución identitaria que puso en jaque los discursos que la élites habían querido moldear. Ahí se ubica el principal foco que pone De Navascués: la profunda separación que surgió entre el campo cultural, profundamente antiperonista, y el nuevo sujeto que emergió con el transcurrir del siglo.

Aquel anti peronismo tuvo su contraparte en el anti intelectualismo del movimiento justicialista. Tanto las élites más liberales, como es el caso de Jorge Luis Borges, así como quienes abrazaron un ideario revolucionario de izquierdas, caso de María Rosa Oliver, manifiestan el profundo rechazo y desdén que les provoca el nuevo sujeto que irrumpe en la sociedad argentina.

Prueba de ello son los fuertes epítetos utilizados, le llaman “carnaval”, así como las metáforas que lo disfrazan de características circenses o comparaciones animalescas.

De Navascués destaca varios de aquellos apodos y pone especial atención en la forma en que incurren los “textos alegóricos” donde abundan las adjetivizaciones. Ahí descubre como *súmmum* ilustrativo la comparación de las manifestaciones peronistas y, tras ello, a la propia clase popular muy identificada con el justicialismo, como un “aluvión zoológico”, exudando el profundo clasismo de los también llamados “oligarcas”.

Otro aspecto que subraya el autor, y en el cual se detiene mediante el análisis de amplia bibliografía, es el de “invasión”. Allí caben nuevamente Jorge Luis Borges y otros autores como Adolfo Bioy Casares, Victoria Ocampo e incluso un escritor de origen inmigrante como Germán Rozenmacher y su famoso *Cabecita negra*. Esa “invasión”, que no es otra cosa que el protagonismo que van adquiriendo en la agenda política las capas más bajas, los llamados “descamisados”, fue el elemento que, según el autor, más violencia y terror causó entre la elitista cofradía que supuso el campo intelectual argentino. Allí parece interesante la proposición que invita a leer, en clave política y directamente anti peronista, el cuento *Casa tomada* de Julio Cortázar. Para ello el autor señala que, en su “momento histórico”, el relato “fue entendido como una expresión de la invasión multitudinaria del peronismo en todos los ámbitos de la vida cotidiana, incluso en la intimidad del hogar” (146).

En cuanto a la estructura, el libro se divide en tres partes. La primera, bajo el título de “El contexto intelectual de la masa”, se detiene a establecer parámetros cronológicos de la época en cuestión y que se hacen primordiales a la hora de entender el momento específico al cual se refiere Javier de Navascués. Hitos como la “Década infame”, periodo ubicado tras el derrocamiento del segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen y que guardará muchas semejanzas con lo que sucedería más tarde al propio gobierno justicialista, se hacen fundamentales de estudiar para entender la particular “lucha de clases” que se manifestó en la Argentina de Perón.

Es en este capítulo donde, mediante el análisis de hechos históricos, principalmente anécdotas de profundo significado, el autor va entrando en el desglose del discurso político, lo que, en palabras de Ricardo Piglia, constituye “el relato”. Destaca ahí el uso de la retórica y la propaganda como fundamentales, lo cual hace notar las diferencias que existen con respecto a procesos contemporáneos latinoamericanos. Como ejemplo, y a modo de rescatar las particularidades del caso argentino, realiza una muy interesante comparación con México, el otro polo cultural de la Latinoamérica del siglo XX. Señala que para la nación norteamericana sí existió una estética singular impulsada desde el Estado, cuya máxima expresión la constituye el muralismo, a diferencia de Argentina donde no cupo un peronismo literario o plástico impulsado desde el propio Estado. Diferencia que también se observa en la comparación con los demás movimientos de masas del pasado siglo: comunismo soviético, fascismo italiano y nazismo alemán. El caso argentino es diferente; las autoridades no promovieron ningún tipo de vanguardia y aquello pudo haber acrecentado la distancia entre el gobierno y el campo intelectual,

asunto que grafica muy bien Adolfo Bioy Casares al señalar que el peronismo “no existía” en los circuitos literarios.

En el segundo capítulo, “La masa, miedo e ilusión”, el autor vuelve a la fecha antes reseñada, el 17 de octubre de 1945, más tarde llamado “día de la lealtad”, cuando una gran manifestación pide la liberación de Juan Domingo Perón. Desde ese punto primigenio, que De Navascués llama “la época de las masas en la calle”, va analizando la obra, aunque también aspectos biográficos, de distintas personalidades. El primero es Arturo Jauretche, pensador que desde las filas radicales abrazó más tarde la causa peronista y quien, una vez dentro del movimiento, perfila a la “masa” a través de una mirada épica.

Complementa el ensayo asumiendo otras ópticas, entre ellas el nacionalismo católico de Lucía y Manuel Gálvez, en el cual encuentra un tópico repetido en varios autores: la soledad existencial del argentino de la primera mitad del XX. Mención especial merece el trabajo sobre *El incendio y las vísperas* de Beatriz Guido, acaso una de las obras antiperonistas más importantes, o el prisma desde la izquierda intelectual, con el análisis a María Rosa Oliver quien, desde una causa revolucionaria, expresa por el peronismo el mismo desdén.

Obviamente no pueden quedar excluidas las figuras de Bioy Casares y Jorge Luis Borges, dos de los escritores más reconocidos en su perfil de “contras” y quienes, a la vez, sintetizan la imagen del intelectual argentino. Borges, según destaca De Navascués, pone en duda el carácter real del peronismo. Para el autor no es más que una *Commedia dell'Arte*, “algo irreal, una ilusión cómica en la que no creían seriamente ni sus protagonistas” (108).

Como tercer y último capítulo, “La invasión como relato”, el autor aborda el carácter amenazante que el “campo intelectual” atribuyó al peronismo. Allí destaca la selección de textos que recoge *Alpargatas contra libros* ejemplificados en el ya mencionado *Casa tomada* de Julio Cortázar, o *El sueño de los héroes* de Bioy Casares, que sirven para corroborar el miedo y el rechazo de algunos autores. Interés especial cobran dos casos particulares. El de Ezequiel Martínez Estrada, antiperonista de primera hora, y el de Leopoldo Marechal, acaso el nombre más relevante entre los literatos que abrazaron la causa justicialista.

Se puede echar en falta un tema que, no solo en De Navascués, escapa a la hora de estudiar el campo cultural. Se trata de la presencia de artistas e intelectuales que no fueron parte de las élites, es decir, escritores que se enfocaron en los nuevos sujetos sociales sin el paternalismo que abrazaban los herederos del criollismo. Nos referimos a autores teatrales, especialmente de sainetes y grotescos criollos, así como compositores de tangos, quizás el fenómeno cultural más importante que ha dado la zona del Río de la Plata. Ellos sí fueron cercanos al gobierno y se transformaron en el sello cultural del gobierno peronista. Si bien no es tema del autor, no puede dejarse de lado la gran influencia posterior que tuvieron artistas como Homero Manzi y Enrique Santos Discépolo, ambos activos y reconocidos peronistas, y que se encumbraron como referentes intelectuales del período en cuestión.

Por último, y a modo de conclusión, es importante destacar la contextualización biográfica que hace Javier de Navascués de la mayoría de los

escritores que trabaja. Así, al explicar la tesis principal de los textos estudiados y a propósito de Beatriz Guido y *El incendio y las vísperas*, advierte que: “Aunque los lectores contemporáneos reconocieran acontecimientos, escenas o incluso personas reales detrás de la trama, la novela es el producto arreglado de unos sucesos históricos contados desde una determinada ideología” (136). Tal reflexión puede ser complementada con Ricardo Piglia cuando estimaba que se puede comprender mejor la época leyendo a Roberto Arlt que cualquier ensayo político del momento.